

A la vuelta de un siglo como fue el XX, en el cual las utopías de una república platónica gobernada por los “perfectos” terminaron en Auschwitz, y las utopías más generosas de justicia para todos llegaron al Gulag y continúan dolorosas donde aún quedan sus restos... Ya en pleno siglo XXI, inicio de un milenio, cuando las guerras se incrementan y vuelve a oírse hablar de cruzadas y destinos nacionales, religiosos o étnicos, vale la pena reflexionar sobre el concepto mismo de utopía.

¿Puede y debe volverse Topía la Utopía..? Y, si vale la pena, ¿en qué espacio de lo humano realizarla? Estas preguntas guían la conversación con Mario Vargas Llosa, a propósito de su nueva obra *El Paraíso en la otra esquina*. Vargas Llosa es claro. Primero: “no podemos renunciar a la utopía porque forma parte de nuestro ser”. Inmediatamente: “los ámbitos en donde la utopía produce cataclismos son el social y el político. Se ha intentado materializar para el conjunto de la sociedad una sociedad perfecta y el resultado ha sido el Apocalipsis”. Y concluye con igual contundencia: “toda creación artística, ya sea una sinfonía que nos suspende, un fresco deslumbrante, es utopía. La razón por la que sentimos esa transformación espiritual tan profunda es porque ahí, en ese mundo, existe esa coherencia, esa perfección, esa belleza, esa transparencia que no encontraremos jamás en el mundo real en el que estamos sumergidos. Creo que el arte, la literatura, la música, son utopías a realizar”.

Y precisamente la recepción del arte está en el fondo del irónico cuento de Vicente Leñero. Carlos Fuentes, por su parte, vuelve al relato corto y al tema eterno de lo “extraño”, sobre lo cual hila Mauricio Molina para encontrarse con los caminos de la creación. Y esa utopía que produce disfraz y que subvierte la encuentra León Guillermo Gutiérrez en Sor Juana.

El presente número nos lleva también al juego siempre inteligente de Gabriel Zaid con las palabras; mientras que nos presenta los espacios poéticos propios de José Ramón Enríquez y de Javier Sicilia.

Páginas adelante, el recientemente desaparecido Enrique Bostelmann nos ofrece una suerte de galería de escritores y artistas, una espléndida colección de objetos personales. El gran fotógrafo consigue los más expresivos retratos a través de la recreación de los espacios privados y de los instrumentos de trabajo. Así, comparte con nosotros las herramientas de una serie de utopías singulares.

Las breves líneas de que disponemos hacen imposible la referencia específica a cada uno de los ricos contenidos de esta entrega, pero cómo no cerrar con un mensaje universitario de agradecimiento al entrañable Ignacio Retes, quien en las aulas del CUT hizo posible su (nuestra) utopía.

*Ignacio Solares*